

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 24.

MADRID 22 DE ENERO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



UN MOMENTO DESPUES, SE HALLÓ JUNTO AL CADÁVER INANIMADO DE SU VÍCTIMA.

En el otoño del año de 1798, se sublevó la mitad del señorío de Wexford, pero no tuvo consecuencias aquella revuelta parcial; los insurgentes se vieron desechos y precisados á gemir de nuevo bajo las verjas de hierro del gobierno inglés. Enviaron para contener la insurreccion, averiguar los culpables y hacer pronta justicia, destacamentos de soldados que ocuparon todo el pais. Uno de estos se habia establecido hacia algunos dias en la pequeña isla de la vierge, cuando una mañana el oficial que los mandaba vió entrar en su cuarto á uno de sus sargentos.

—Que hay, Denis? le preguntó.

—Se acaba de prender á Patrick O'Darcy. respondió el sargento; yo he mandado un peloton, y vengo á tomar órdenes de vuestro honor para hacer fusilar al prisionero.

—Tenemos nosotros derecho para eso? preguntó el oficial.

—Con el permiso de vuestro honor, creo que es siempre justo el deshacerse de un rebelde y de un papista. Ademas, ha pasado la noche última fuera de su casa; delito suficiente para que merezca morir.

—Se sabe donde ha ido y lo que ha hecho durante la noche?

—Yo he oido decir que habia ido á ver á su hermano el marinero que acaba dellegar á Wexford; pero esto no está probado, y este O'Darcy no tiene muy buena reputacion. Haré que le despachen?

—A fémia, Denis, replicó el oficial, ya que está en nuestras manos, me parece que no haremos mal en desembarazarnos de él.

—Bien, dijo el sargento, retirándose.

Habiendo quedado solo, el oficial, reflexionando lo que acababa de pasar, no tardó en arrepentirse de haber condenado tan ligeramente á muerte á un hombre quizá inocente. Se levantó pues, y salió para hacer suspender la ejecución; pero apenas anduvo 20 pasos cuando oyó una descarga de fusileria. Un minuto despues se halló junto al cadaver inanimado de su víctima. Era un jóven de grande estatura, de her-

mosa é interesante fisonomia. Su traje era el que usaban las clases pobres de la Irlanda. Despues de haberle considerado un momento, el oficial se retiró abrumado de remordimientos.

Entre los espectadores de aquella horrorosa escena se hallaba el hermano de Patrick O'Darcy. Terminada la ejecucion fué á casa de la viuda del muerto, profiriendo palabras de venganza contra los asesinos. Apenas entró, cuando llamaron á la puerta.

—Es el cura, dijo uno de los niños que habia ido á abrir.

Habiendo entrado en la sala, el sacerdote, halló al hermano de Patrick O'Darcy ocupado en limpiar una antigua pistola, los dos hijos mayores del muerto derretian plomo para hacer balas. En cuanto á la pobre viuda, estaba sentada en un gran sillón contemplando con estúpidas miradas, sin derramar una lágrima, los preparativos que se hacian junto á ella.

—¿Vais á cometer algun asesinato? dijo el padre con voz severa y dirigiéndose al hermano de Patrike O'Darcy.

—Ellos han muerto á mi hermano á sangre fria, á mi hermano inocente, respondió el marinero que seguia limpiando el arma llena de roña, que tenia en la mano.

—Y qué! dijo el padre, pensamientos de venganza en el corazon de un cristiano! ¿no prohibe Dios el verter sangre? dejad á su cargo el castigar al culpable: terribles remordimientos en esta vida y un eterno martirio en la otra, harán justicia á los crimines cometidos ahí abajo.

Continuó largo tiempo en este sentido. El marino tan pronto meneaba la cabeza, como hacia una corta observacion. No obstante al fin las palabras del padre parecieron hacer impresion en él; interrumpió su trabajo, reflexionó un instante y dijo: «Creo en efecto, que teneis razon; es su conciencia quien me vengará. Yo os prometo no levantar la mano contra él.»

La tarde del mismo dia, en el momento en que el oficial reflexionaba dolorosamente sobre el suceso de la mañana, el sargento se precipitó

en su cuarto, pálido y con los cabellos desordenados. Le entregó una carta cerrada con oblea negra, la cual no contenia mas que estas palabras.

«Patrick O'Darcy ha muerto el 1.º de octubre de 1798.

«El capitan O' Gunnell morirá el 1.º de octubre de 1799

«¡Doce meses!»

—Quien os ha entregado esta carta? preguntó el oficial.

—Patrick O'Darcy, respondió el sargento con voz alterada.

—Patrick O'Darcy, ha muerto, estais loco.

—Yo he asistido á su ejecucion, y estado presente cuando su cadaver ha sido arrojado á la laguna; pero aun cuando las palabras que voy á pronnciar fuesen las últimas que debieran salir de mi boca, juraria todavia que es él mismo quien ha traído esta carta.

O' Gunnell no era supersticioso; aquella carta le inspiró, sin embargo, algunas inquietudes que se disiparon con el tiempo; quince dias despues ya no pensaba en ella. El 1.º de noviembre se hallaba en Dublin, cuando el ama de la casa en donde vivia le entregó una carta, que dijo la habia llevado un irlandés de grande estatura. Aquella carta era en un todo semejante á la primera, escepto en el número de meses, que se reducía á once. O' Gunnell, habiendo leído el segundo billete, sintió despertarse sus temores; sus remordimientos le parecieron mas poderosos que nunca y las faltas de su culpada conciencia empezaron á persuadirle que alguna cosa sobre natural dirijia aquel extraño suceso. No habia dado parte á nadie de su viage á Dublin, á donde habia llegado la vispera: ¿qué sér viviente hubiera podido adivinar así sus intenciones, y hallarle á punto fijo? Una inquietud vaga, pero continua, se apoderó de él; el apetito y el sueño le abandonaron. Ensayó dar alguna distraccion á sus sufrimientos precipitándose en

el torbellino de los placeres, pero nada pudo cambiar sus sombrías cabilaciones: un dolor moral, bajo cuyo peso sentía desfallecerse, le seguía por todas partes.

El 1.º de diciembre estaba en la mesa rodeado de muchos amigos; preparábase á ordenar un brindis, cuando un criado le entregó una carta sellada de negro, palideció al recibirla y cayó en su silla sin pronunciar una palabra; un instante despues pretestó una indisposicion repentina y salió de la habitacion. Al dia siguiente dejó á Dublin, para ir segun él dijo, á cazar á las montañas Wicklow; un solo criado le acompañó.

O'Gunnell no tenía en las montañas idea alguna de placer ó de entretenimiento; consideraba toda especie de felicidad ó de gozo como un sueño del tiempo pasado que no debía volver mas: todo lo que él podia esperar en adelante era un alivio parcial, el olvido momentáneo de sus desgracias; lo buscaba en las fatigas del cuerpo y en la actividad de la vida del campo. Pero el recuerdo de la isla de la Virgen no le dejaba un instante; un fantasma ensangrentado aparecía sin cesar á su lado, sus miradas le encontraban por todas partes. De este modo pasó el mes de diciembre.

Un dia en que O'Gunnell volvía de una larga escursion en la montaña, pasó por un estrecho sendero, á orillas de un riachuelo. En un rodeo que hace el camino, descubrió de repente á un hombre que de pie sobre una pequeña eminencia señalaba con la mano una piedra grande junto á la cual debía pasar. O'Gunnell consideró con atencion aquella estraña figura: Era O'Darcy. Se le erizaron los cabellos, se le heló la sangre; su mano, por un movimiento maquinal, cojió una pistola que no le abandonaba nunca, é hizo fuego. Una sonrisa de desprecio agitó el rostro de O'Darcy, quien sin moverse continuó mostrándole la piedra. Algunos segundos despues desapareció como por encantamiento. Hallándose O'Gunnell acercado al lugar designado, halló una carta; en ella le anunciaba que solo le quedaban nueve meses de vida.

Despues de aquella aparicion no dudó O'Gunnell de la intervencion inmediata de un poder sobre humano en aquella misteriosa aventura; sus temores y sufrimientos se redoblaron, y con un espanto mortal vió acercarse el fatal dia en que debían llevarle un nuevo billete.

Llegó por fin, pero nada de extraordinario sucedió á O'Gunnell, quien vió acercarse la noche sin haber recibido carta alguna: aquello le hizo concebir la esperanza de que se habia roto el encanto. Se volvía, pues, á su casa, lleno de alegría, cuando queriendo pasar por un puente destrozado halló un hombre que parecia quererle disputar el paso. Habiendo llegado junto á él

le reconoció por un pobre gentil-hombre católico, cuya casa habia hecho quemar durante su última espedicion contra los revoltosos de Wessford. O'Gunnell le pidió por favor que le dejase el paso, pero el otro sin moverse, le miró de pies á cabeza y le dijo: — Yo os esperaba.

—Pues aunque me esperaseis, replicó O'Gunnell, yo no tengo nada que hacer con los rebeldes y los papistas.

—Sois un cobarde, dijo el viejo gentil-hombre. O'Gunnell se llenó de vergüenza.

—Jamás me ha insultado nadie impunemente, exclamó, cojed una de esas dos pistolas y defendéos.

—Todo lo que otras veces constituía mi felicidad, me ha sido arrebatado! arrebatado por vos, y aunque la muerte me parece preferible á la existencia que tengo hoy mismo, yo no aprovecharía la ventaja que tengo sobre vos en esta ocasion.... La mano de un asesino tiembla siempre.

—Es decir que mi mano tiembla! dijo O'Gunnell en un paratismo de rabia.

El anciano se sonrió con desprecio, sacó un papel de su seno y se lo presentó á O'Gunnell.

—Hé aqui lo que me han encargado entregaros, le dijo con alma afectada. Pues bien! vuestra mano tiembla ahora.

O'Gunnell no pudo apenas reconocer el papel. Sus rodillas temblaron y cayó desmayado. Cuando volvió en sí, el viejo gentil-hombre habia desaparecido; pero vió á alguna distancia la sombría figura de O'Darcy que le miraba fijamente.

Sería muy largo de contar las tentativas que hizo O'Gunnell para librarse de su perseguidor, y cambiar los siniestros pensamientos que le rodeaban sin cesar. Recorrió casi toda la Inglaterra refugiándose de un lugar en otro, sin poder evitar las cartas fatales que por lo regular le llegaban el primero de cada mes, á pesar del cuidado que él tenía de ocultarse á los ojos de todo el mundo.

Puesto en este caso tomó la resolucion de espatriarse y de retirarse á Amsterdam á casa de un pariente que hacia muchos años habia establecido una casa de comercio en aquella ciudad. Se embarcó pues en un buque fletado para Rotterdam y se sintió libre de un gran peso, al perder de vista las riberas de Inglaterra. Durante la noche, arreció el viento por grados, y poco despues se declaró una violenta tempestad; el barco estaba en peligro. O'Gunnell se habia subido al puente y miraba á los marineros trabajar como desesperados, cuando á la luz de un relámpago, descubrió entre ellos al mismo O'Darcy que dejó caer á sus pies una carta cerrada de negro y se ocultó al instante á sus mi-

radas. Decir la angustia que experimentó aquel desgraciado es imposible. Concibió que todo se habia concluido para él y que ninguna esperanza le quedaba en adelante; su corazon se llenó de dolor y desesperacion. Cuando llegó á casa de su pariente, éste pudo apenas conocerle, tanto se habia mudado. Una palidez mortal cubria su rostro, y una fiebre ardiente le consumía: en lugar del alegre compañero, del gozoso convidado que habia conocido otras veces, hallaba un hombre, viejo antes de tiempo; triste, desesperado, poco hablador y sin sonreirse jamás. Tan inquieto como aturdido de semejante trasformacion, preguntó muchas veces á O'Gunnell, pero éste evitaba siempre el responderle, y muchas semanas se pasaron sin que pudiese saber nada.

Un dia en fin, se paseaban juntos á lo largo del canal que atraviesa la Heerem-Gratt, una de las principales calles de Amsterdam y el comerciante le apretó mas de lo ordinario para que le dijese la causa del estado en que se veía. O'Gunnell guardó silencio. «Si son remordimientos los que os atormentan, le dijo su pariente, lo que debéis hacer es buscar consuelo en la religión.

—Ah! dijo O'Gunnell con amargura, yo no puedo rogar. El consuelo me está tambien privado. Ya no me queda mas que un dia que pasar sobre la tierra; yo no puedo vivir.... Mi verdugo me sigue paso á paso; esta tarde á las cinco, no seré mas que un cadáver, y no obstante no puedo orar. Vedle! exclamó temblando todos sus miembros y señalando con el dedo á un jóven que iba lentamente por el otro lado del canal.

Su pariente se vió obligado á llevarlo á casa; estaba tan débil que apenas podia sostenerse. El comerciante, persuadido de que la imaginacion trabajaba mucho en su enfermedad, hizo colocar junto á su lecho un reloj que se habia adelantado media hora. A medida que se acercaba el instante fatal, empezaba el estado de la enfermedad; pero cuando el reloj dió las cinco, tomó un poco de fuerza, y empezó á concebir alguna esperanza. En el mismo instante se hizo oír un ruido de pasos en la habitacion vecina, una puerta se abrió con estrépito, y dió paso á un jóven de fornidos miembros y alta talla. O'Gunnell se incorporó un poco, miró al extranjero y cayó muerto sin proferir una palabra.

Aquel jóven era el hermano de Patrick O'Darcy.

TEATROS.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
CRUZ.		PRINCIPE.	
A las cuatro y media de la tarde.	Susana. Sra. Lamadrid.	A las cuatro y media de la tarde.	Dona Margarita. Sra. Lamadrid.
DOS VALIDOS O CASTILLOS EN EL AIRE.	Simon Boca-negra. Sr. Latorre.	El acreditado drama en tres actos titulado.	Jacinta. Sra. Sierra.
Muy aplaudida comedia en tres actos: intermedio de baile, y el divertido sainete titulado: A un engaño otro mayor.	Andres Fiesco Sr. Lopez.	LA URBACA LADRONA.	Conde. Sr. Romea. (D. J.)
PERSONAJES.	Gabriel. Sr. Lumbreras.	PERSONAJES.	Don Alvaro. Sr. Romea. (D. F.)
ACTORES.	Paolo. Sr. Pizarroso.	Anita. Sra. Lamadrid.	Don Tadeo. Sr. Fabiani.
La Reina. Sra. Lamadrid.	Lorencino. Sr. Azcona.	Juliana. Sra. Llorente.	Juez. Sr. Perez.
Doña Leonor. Sra. Valero.	Pietro. Sr. Sanchez.	Ricardo. Sr. Sobrado.	Don Claudio. Sr. Garcia.
Conde. Sr. Lombardia.	Fianno. Sr. Spuntoni.	Blas. Sr. Guzman (D. A.)	Don Placido. Sr. Silvestri.
Mendoza. Sr. Caltañazor.	Julietta. Sra. Lapuerta.	Eduardo. Sr. Pló.	Tomás. Sr. Martinez.
Malladas. Sr. Lumbreras.	Lázaro. Sr. Carceller.	Gervasio. Sr. Fabiani.	Un Alguacil. Sr. Sanchez.
Pacheco. Sr. Pizarroso.	Page. Sr. Reyes (D. M.)	Francour. Sr. Uzelay.	Boleras á ocho.
El P. Everardo. Sr. Lopez.	Rafael. Sr. Rada.	Basilio. Sr. Cubas.	Terminará el espectáculo con la muy divertida comedia, en un acto, titulada
Marqués. Sr. Azcona.	Criado. Sr. Fernandez.	Isac. Sr. Guzman (D. J.)	LA FAMILIA IMPROVISADA.
Ugier. Sr. Radas.	Buct. Sr. Caltañazor (D. H.)	Jorge. Sr. Ramirez.	NOTA. Tambien se prepara para ejecutarse á beneficio del primer actor don Antonio de Guzman, la comedia nueva, original, en cinco actos y en verso, titulada: <i>El español en Venecia ó la cabeza Encantada.</i>
D. Guillen. Sr. Fernandez.		Aldeano 4.º Sr. Fernandez (D. J.)	
A las ocho de la noche.		Id. 2.º Sr. Martinez.	
Sesta representacion de		Intermedio de baile nacional.	
SIMÓN BOCA-NEGRA,		Terminará el espectáculo con un divertido sainete.	
drama nuevo, en cuatro actos, precedido de un prólogo, original de D. Antonio Garcia Gutierrez.		A las ocho de la noche.	
		Se pondrá en escena la comedia nueva, original en tres actos, titulada	
		ESTABA DE DIOS!!	
		PERSONAJES.	
		Doña Paulita. Sra. Diez.	